

EN LA MIRADA
DEL AVESTRUZ
Y OTROS CUENTOS

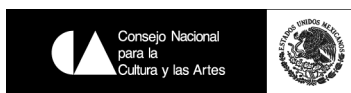
BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 8

EN LA MIRADA DEL AVESTRUZ Y OTROS CUENTOS

por

Alejandro Estivill



*F*ICTICIA

MÉXICO

2007

EN LA MIRADA DEL AVESTRUZ Y OTROS CUENTOS

Primera edición: Noviembre de 2007

D.R. © Alejandro Estivill

COEDICIÓN:

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V. / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Avenida Paseo de la Reforma 175, col. Cuauhtémoc, C.P. 06500

www.cnca.gob.mx

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000

www.ficticia.com

POR FICTICIA EDITORIAL:

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo Crow

Formación de planas: Paulina Ugarte

Fotos del autor y portada: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, y/o del editor de Ficticia Editorial.

ISBN de Ficticia: 968-5382-55-7

ISBN del CNCA: 970-35-1406-5

978-970-35-1406-9

Impreso y hecho en México

CONTENIDO

JUGO EN COPA DE CHAMPAÑA	9
RUFINA TRIUNFÓ.....	13
LAS VEGAS	17
DIME, PACO	19
EL ARGERN.....	25
CANICAS Y TEMBLORES.....	41
MAKYUNLAL.....	51
ELLAS NOS MIRAN TORCIDO	57
LA LUNA DEL SEXTO AÑO.....	61
INDUSTRIAS ALBERT	67
PIRATA.....	77
YO NO MATÉ AL ÁRBITRO.....	79
BONDADES.....	85
EL LEÓN DE BONGOR.....	97
007.....	105
EN LA MIRADA DEL AVESTRUZ.....	107

JUGO EN COPA DE CHAMPAÑA

La trama es así: en el aburrido contexto de un suburbio sin diversiones ni cultura, Carroll recuerda que hace exactamente dos años despidió a su hijo para que se fuera a estudiar a una universidad extranjera.

En sus manos está la carta en la que se le informa que el joven, contra los deseos de su madre, de nueva cuenta no irá a pasar las vacaciones en casa, porque prefiere acompañar a una jovencita que conoció hace apenas unas semanas. Carroll la llama “una jovencita”, sin reconocerla como la novia de su hijo y la mujer que a él más le importa.

La partida marcó para Carroll el inicio de una soledad abrumadora que se dibuja en cada línea de su maquillaje como actriz principal, acabada; una soledad definitiva y socialmente aceptada como la viuda rica del dueño de una fábrica de cosméticos. Su esposo era un hombre con cuerpo de árbol, que nunca entendió que la rutina de su vida debía haber sido algo más que un tobogán de negocios dedicados a sacarle a su existencia por igual dinero que temores.

“El árbol de los temores”, por ejemplo, podría ser un buen título.

Pero no hay que adelantarse. El caso es que los años de vida juntos, para aquella pareja, se perdieron apuntando a cada instante en solventar la necesidad de comprar lujos

y seguridad frente a los “malos tiempos”... “Los malos tiempos” que nunca llegaron... Que no podrán llegar y que, por temidos, se tornaron omnipresentes.

Con el paso de los años, él dejó de tocarla y perdió toda técnica para lanzarle al vuelo alguna atención que no estuviera llena de resquemores. Y ella, a cada momento, se dedicó a confirmar su sentimiento de mujer exhausta, un fruto sin jugo. Olvidó, como una frazada tirada, su último atractivo y, ahora, sólo espera una visita de su hijo, aun cuando lo reconoce como un ser inocuo, deslucido y horrendo.

Se observa a sí misma en un espejo como nunca antes lo ha hecho, creyendo que, en su futuro, únicamente se le presenta la opción de dejarse resbalar en un extraño mundo de sombras que le causa el más aterrador de los miedos.

Al fin toma una decisión, curiosamente la misma que su hijo le sugirió antes de ausentarse. “Libertad, mamá. Cualquiera se enamoraría de ti si te mostraras como alguien libre”.

Así que llega a la agencia matrimonial; rechaza toda oportunidad de revisar videos o papeletas de inscripción, cierta de que volverían a ser espejos de sus convicciones de fealdad. Marca con seudónimo una hoja: su botella al mar. Se declara “prácticamente viuda” y solvente, y completa los demás datos sobre su edad, su siempre excesiva normalidad y sus pocas aficiones distintivas: el cultivo de orquídeas, la música de piano de los impresionistas y, sobre todo, el desayuno entre las sombras de una pérgola en su jardín, con un jugo de frutas servido en copa de champaña.

Entrega finalmente una foto, tomada hace cinco años en el rápido gesto de girar el rostro para abrirse a una sorpresa, que si bien le favorece, la hace un tanto irreconocible. Se deshace de su atrevimiento con rapidez y huye dejando todo a la fortuna.

La respuesta no tarda en llegar, algo sorprendente, según los que saben de estos trances: la cita un hombre, Tomás Galán Gallegos firma, con evidente falsedad, y en sus mensajes desea que ella se presente en un elegante restaurante de Polanco. Su nota está redactada con palabras sensibles y fáciles de paladear; palabras parcas pero justas como era de esperarse de un conquistador maduro. Éstas generan en Carroll una fuerte simpatía y hasta un poco de confianza que se expresa en eso de “para probar... tan sólo para probar... allí estaré”.

Sin embargo, ese primer encuentro fracasa. Él no está allí, nadie canoso con saco azul a cuadros y menos con un evidente fistol dorado. Un camarero de ademanes pomposos, aunque elegantes, recibe a Carroll; ya instalada en una mesa solitaria, donde no llama la atención, le entrega una nota de disculpa tan sentida y sincera que, aquello que nunca fue dolor o decepción, motiva un extraño sentimiento.

Como colofón, la nota suplica, a modo de compensación, que acepte una copa de champaña en la que se ha servido un jugo de frutas. “Yo desearía colocar aquí la bebida más fina del mundo, pero bien sé que usted no bebe alcohol; en ocasiones es el vaso que sostiene nuestras vidas dándole forma, lo que da sentido a nuestro interior, tan sólo la envoltura que puede transformar cualquier cosa.”

Para el segundo encuentro, concertado telefónicamente a través de una discreta secretaria de aquellas que saben muy bien pedir las cosas, Carroll vive una experiencia semejante. El señor Galán Gallegos la requiere con elegancia, con indiscutible interés. Pequeños aunque numerosos detalles de agenda, hacen imposible que se vean en el *lobby* de un lujoso hotel, pero también allí, al abrigo de las sombras del rincón más confortable, ella recibe un jugo de frutas vertido en una copa de champaña.

En una tercera ocasión él no llega, igualmente amparado en una razón suficiente para justificarse: crisis internacional, caída de la bolsa o inaplazable convocatoria de un alto funcionario. No obstante, también lo precede el delicioso e inevitable jugo de frutas en la copa de champaña que va dando forma al destino.

Para la cuarta cita, en un bar de la nueva zona comercial... ¿Para qué le voy a decir más? Usted se imagina que ocurre: Carroll se arregla con creciente esmero y, en cada despedida de su espejo, un curioso dejo de garbo y felicidad la acompañan al cerrar la puerta. Ya en el sitio acordado —¡oh, sorpresa!— encuentra a su hijo, quien, con una sonrisa más maléfica que de enamorado, muestra, como preciso atuendo de un estereotipo, su saco azul a cuadros y un notable fistol dorado sugerido como contraseña. Ella huye, no es para menos.

Pero espere. La escena que vale más la pena es cuando ella llega a casa. La recibe su hijo. ¡Imposible! Él no podría haber viajado tan rápido. Ella voló desde aquel lujoso bar. Pero es él. Su sonrisa es aún más maléfica; se parece tanto a la de su padre. Sostiene la copa de champaña y mientras la extiende, su rostro comienza a transformarse. Horrible. Tal y como se puede ver en el cine por computadora. El hijo envejece y, con la voz del padre, le dice:

—Muchas veces el contenido puede ser la misma e intrascendente sustancia... Lo único que importa será el molde que la sostenga.

RUFINA TRIUNFÓ

A Edmundo Escamilla

La historia se basa en la corta vida de una mujer que conoció Edmundo Escamilla en un refugio, de éstos que de refugio no tienen nada. Mas bien una pocilga de colchones desgarrados y pestilentes, paredes de tabicón sin recubrimiento. Un galerón más desagradable que cualquier otro que pudieras colocar en un escenario de guerra. Poca luz, rayos de polvo iluminado, cruzando como espadas la caja de un mago. Un lugar horrendo en donde, además de Rufina, dormitaban dos hombres sucios conocidos como el Peralvillo y el Tolvas; una vieja sorda a la que le decían la Reja; Juanito —siempre tosiendo— y otros tres enfermos que a nadie le importan.

Escamilla conoció allí a Rufina cuando ya estaba enferma de SIDA; una prostituta desempleada, esperando su turno.

Era una mujer de 24 años a punto de morir, más flaca y desarticulada que una marioneta. Le quedaban días, tal vez dos o tres semanas, imposible saberlo, pero moriría pronto.

Ella lo sabía muy bien, y no porque se lo hubiera dicho el trabajador social del Municipio cuando la llevó al refugio, después de tramitar la separación de sus hijos:

—Al menos ellos no tienen la enfermedad, y lo mejor es que no estén más contigo.

Ella sabía de su muerte desde que nació en Tlaxcala, en donde fue, como todos, una bebé hermosa, sólo que con una irrefrenable conciencia de su condena.

Cuando tenía trece, recién violada, quiso emigrar a la capital pero, sin saber por qué, acabó en el norte. Huyó para no enfrentar otra paliza de su padre, la que de seguro iba a ser la peor; aunque ella descontaba esos golpes, tampoco los pudo evitar, porque la agarró a palazos un camionero que, a fuerzas, le quería meter mano.

En el norte, pensó que podía trabajar de sirvienta, pero no... No era buena para eso, porque al menos se tiene que entender un par de cosas sobre lo que está limpio y lo que está sucio...

Escamilla contaba que ella trató de ser cocinera, pero eso le fue todavía más difícil. Sólo trabajó un rato de cargadora en una construcción y, allí, apenas le pedían que calentara la comida de los albañiles.

La verdad es que no podemos saber mucho de la vida de Rufina, porque ella se resistía a platicar sus cosas. Y eso que Escamilla sí le preguntó detalles, aunque pronto se dio cuenta de que a ella no le interesaba recordar pasajes concretos porque estaba feliz, y cuando uno está feliz, no recuerda tristezas.

Sí, eso es lo que Escamilla me quería explicar y, al hacerlo, afirmaba que siempre hay esperanza en este mundo. Y cuando él la conoció, ella estaba ya bastante contenta y no iba a detenerse a platicar. Tampoco le iba a contar cosas buenas y alegres, porque no tenía de éstas en sus 24 años de existencia. Estaba detenida en conceptos, decía Escamilla, solamente en conceptos:

—En su triunfo.

Rufina fue una niña a la que nunca le dejaron elegir. Ella recordaba que si alguna vez quiso tener una cama

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

1.- Carlos Martín Briceño
Los Mártires del Freeway y otras historias

2.- José de la Colina
Portarrelatos

3.- Rogelio Guedea
Para / Caídas

4.- Édgar Omar Avilés
La noche es luz de un sol negro

5.- Will Rodríguez
Pulpo en su tinta y otras formas de morir

6.- Vicente Alfonso
El síndrome de Esquilo

7.- Alejandro Toledo
Corpus: ficciones sobre ficciones

8.- Alejandro Estivill
En la mirada del avestruz y otros cuentos

9.- Luis Bernardo Pérez
Fin de fiesta y otras celebraciones

10.- Izrael Trujillo
Entre acacias, verbenas y arrayanes

11.- Rafael García
El mago natural

«EN LA MIRADA DEL AVESTRUZ Y OTROS CUENTOS»
DE ALEJANDRO ESTIVILL SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL 21 DE NOVIEMBRE DEL AÑO 2007 EN LOS TALLERES DE
CORPORACIÓN INDUSTRIAL GRÁFICA S.A. DE C.V.
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES